¡PADRÓN!... ¡PADRÓN!...

CON una regañina a mis hermanos —a veces coscorrones—,
mi padre
terminaba el cantar de Rosalía.
Querían transmitirnos
su lenguaje, bellísimo en imágenes,
su hondura
melancólica. Su misterioso llanto y su agonía
dulcemente crecida y acunada
bajo un cielo grisáceo. Entre verdores.
Vibraba todo él. Cuando leía
brotaban los paisajes de su alma. Húmedos,
como sus ojos en aquel instante.
Y quería —en su amor paternal
y su gran devoción hacia la Tierra, nuestra tierra sencila—,
que fluyeran también por nuestras almas, demasiado niñas
todavía.
Era vano su empeño.
Mis hermanos,
bajito,
contaban chistes o pisaban al gato
en la lectura. Al final,
la carcajada súbita.
Era entonces cuando mi joven padre
ordenaba a los cuatro

abandonar la mesa y retirarnos.
Yo era muy pequeñaja
y ellos ya grandullones. Tal vez
por ello nunca
mi padre
reparó en mi mirada. Húmeda
como la suya.
Me levantaba muda, sin protesta
ante aquella injusticia paternal.
Pero no me marchaba a jugar como ellos.
Temeroso, mi cuerpecillo leve se escondía —nunca lo supo
nadie—
en el gran cortinón
del comedor antiguo, y escuchaba.
Primero, le decía a mi madre cariñosamente:
«Acércate, Josefiniña. Leeré para ti,
porque estas fierecillas...»
Mi madre, lo miraba extasiada, lo escuchaba abstraída,
y volvía a empezar. Ahora todo en silencio:
¡Padrón!... ¡Padrón!... (era su preferido).

(Del libro *Humana voz*. Premio Adonais, 1956.)



MARÍA ELVIRA LACACI